

Las mentiras del detector de mentiras

Se practican cada año en Estados Unidos cerca de un millón de tests con el detector de mentiras. El uso de esta máquina, cuyas características técnicas no han cambiado gran cosa desde los años 1920, se ha difundido en numerosos sectores de la sociedad americana. ¿Por qué los tribunales lo han rechazado?

Ken Alder

es profesor asociado, departamento de historia, Northwestern University, Evanston, Illinois.
k-alder@northwestern.edu

En Estados Unidos, un caso de espionaje ha conmocionado recientemente el laboratorio de Los Álamos. Un físico estadounidense de origen chino, Wen Ho Lee, ha sido acusado de haber transmitido a China informaciones secretas sobre una cabeza nuclear. Durante la instrucción, este físico fue sometido al detector de mentiras y, en la estela de este caso de múltiples repercusiones, los científicos de varios laboratorios de armamento se han visto abocados a sufrir la misma prueba. Por lo visto, los propios agentes del FBI han admitido haber mentido al informar a Wen Ho Lee de los resultados del test a que había sido sometido. Como veremos más adelante, estas mentiras forman parte del uso de esta máquina «poligráfica», la cual, durante el interrogatorio de un individuo, registra cuatro parámetros fisiológicos: la presión sanguínea, la resistencia eléctrica de la piel, el ritmo cardíaco y la respiración.

El empleo de este instrumento puede sorprender al lector europeo. Pero no es la primera vez que los físicos nucleares estadounidenses se ven confrontados al test del detector de mentiras. Hace más de cincuenta años, en el complejo nuclear de Oak Ridge, uno de los más importantes centros de enriquecimiento del uranio, Leonarde Keeler, uno de los coinventores del detector, había ya elaborado un programa de gran alcance destinado a examinar a 6000 investigadores, ingenieros y obreros. Según la Comisión para la energía atómica de aquel tiempo, sólo el uso sistemático del detector de mentiras permitía proteger los secretos nucleares de la nación.

En febrero de 1946, Keeler estaba también en condiciones de afirmar que el 1% de los empleados había «robado material fisible». En realidad, estas infracciones eran muy menores: en un caso, había sido sustraído un minúsculo pedazo de uranio y en el otro, unos obreros, para bromear, habían introducido una pequeña muestra en el bolsillo de uno de sus compañeros. Más numerosos eran los hurtos de poca monta y otros delitos de todo tipo: el 10% de los empleados había mentido sobre su *curriculum vitae*, el 12% había robado herramientas, el 3% había utilizado un nombre falso, etc.

Seis años después, en plena guerra fría, la Comisión estaba menos interesada en los robos cometidos por sus agentes que en sus opiniones políticas. Para un tercio de los empleados cuyo resultado en los tests fue calificado de «derogatorio», la Comisión identificó a «amigos o relaciones asociados con organizaciones consideradas como antiamericanas». Ahora bien, en la mayoría de los casos éstas no eran más que asociaciones de lucha para conseguir viviendas sociales o para el establecimiento de un sistema público de producción eléctrica. En 1953, el *New York Times* ponía aquel curioso programa en conocimiento del público y, bajo la presión mediática, la Comisión se veía obligada a convocar un comité científico para evaluarlo. Su conclusión fue tajante: el test fue considerado «engañoso y coercitivo». Entonces, bruscamente, la Comisión puso fin al programa. Paralelamente, en otros muchos sectores de la sociedad americana, el mac-carthismo provocaba una formidable explosión del uso del detector de mentiras...

A mediados de los años 1980, Reagan propuso someter al detector a todos los empleados del Estado federal

Actualmente, en Estados Unidos se practican cerca de un millón de tests anuales, que realizan entre cinco y diez mil operadores especializados. El detector se utiliza no sólo en investigaciones policiales sino también con fines de selección de personal o en campañas publicitarias. A pesar de ello, los psicólogos universitarios demuestran una y otra vez los errores de la máquina. El último episodio se remonta a mediados de los años 1980. La administración Reagan propuso someter al detector de mentiras a todos los empleados del Estado federal. Como respuesta, el Congreso financió un metanálisis de los ensayos basados en este método. De acuerdo con sus conclusiones, el detector de mentiras demostraba un índice de éxitos del 80%. No es mucho, teniendo en cuenta que el mero azar da ya un 50% y que los especialistas se jactan de un éxito próximo al 98%. Para David Lykken, psicólogo de renombre, este metaa-



Los dos principales promotores del detector empezaron colaborando con August Vollmer, líder del movimiento de profesionalización de la policía. © Central Missouri State University



Antiguo alumno de Harvard, William Marston (al fondo, inclinado sobre la máquina) registra aquí las reacciones fisiológicas de estudiantes de Columbia durante una sesión de cine. Durante la guerra de 1914-1918, fue el primero en utilizar la presión arterial durante el interrogatorio de presuntos espías. © Marston Family Collection

nálisis es exageradamente optimista. Para él, los estudios realizados en «auténticas condiciones de doble ciego» suministran un índice de falsos positivos del 47%: en otras palabras, el método reconoce que los inocentes dicen la verdad sólo en el 53% de los casos!

Objetividad. ¿Cuál es la historia de este fenómeno típicamente americano, el uso de una máquina para descubrir a mentirosos? Desde el siglo XVII, las sentencias de los casos criminales en los países anglosajones se basaban en la «certidumbre moral» del jurado. No obstante, una panoplia de expertos fueron invitados progresivamente a interpretar, ante el tribunal, una serie de indicios o pruebas indirectas que los profanos eran incapaces de evaluar y los acusados difícilmente podían contradecir. Durante el siglo XIX, se esperaba que los expertos lograran sustituir la toma de decisión popular. A principios del siglo XX, el detector de mentiras se convirtió, para un cierto número de reformadores, en el instrumento ideal que iba a permitir juzgar a los acusados con toda objetividad.

Pero aunque estos reformadores consiguieron difundir el instrumento en la vida pública americana, no lograron hacerlo aceptar por los tribunales. ¿Cómo llegó la sociedad americana a esta curiosa aceptación selectiva? ¿Y qué lección hay que sacar de esta historia sobre la función de los expertos en Estados Unidos?

Desde un punto de vista técnico, el detector de mentiras fue fabricado a partir de varios instrumen-

tos desarrollados para el estudio de la fisiología, tanto en Europa como en Estados Unidos, a fines del siglo XIX. El pionero fue un francés, Etienne Jules Marey, quien en los años 1860 realizaba registros gráficos continuos de la presión sanguínea, la respiración y el pulso en sujetos que sufrían náuseas o eran sometidos a ruidos estridentes. Técnicas similares fueron utilizadas posteriormente para estudiar la psicología del testimonio por parte de varios investigadores, los más famosos de los cuales fueron Lombroso y Jung.

En aquellos tiempos de prohibición, el detector tenía que romper el vínculo entre brutalidad policial y corrupción municipal

Este proyecto científico, por supuesto, abordaba un problema central del sistema judicial: la evaluación de la credibilidad humana. En los años 1890, un aparato de fisiología hizo su aparición en Harvard, donde Hugo Münsterberg y sus alumnos lo utilizaban para estudiar la sinceridad. En una obra publicada en 1908, Münsterberg reprochó públicamente a la justicia americana su rechazo del análisis científico de los testimonios. En 1911, un editorial del *New York Times* pronunció la siguiente profecía triunfal: «No tardarán en desaparecer los jurados, las hordas de detectives y testigos, las acusaciones y contraacusaciones, los abogados defensores... El Estado someterá a todos los sospechosos implicados en un caso a tests de instrumentos científicos y, dado

que estos instrumentos no pueden equivocarse ni mentir, sus resultados servirán para establecer la culpabilidad y la inocencia».

William Moulton Marston, que había sido alumno de Münsterberg, fue el primero en utilizar la tensión arterial para detectar eventuales engaños. Con él nació el detector de mentiras moderno. Marston no ignoraba que el detector no daba una medida objetiva de la mentira. Como máximo, detectaba el malestar de un sujeto cuando miente conscientemente, porque su fisiología se modifica de manera irreprimible. Pero es preciso que estos cambios fisiológicos puedan distinguirse de los signos asociados a otras emociones, como el simple miedo causado por el examen. El reto al que trató de hacer frente Marston era, pues, doble: de una parte fabricar un *hardware*, fiable y estandarizado, para medir los parámetros fisiológicos pertinentes; luego, de manera menos palpable, idear un *software*, es decir, una técnica de interrogatorio que permitiera calibrar un estrés específico, el que engendra una mentira, distinto de otras formas de estrés.

En 1922, Marston sometió a su detector de mentiras a un negro de Washington D.C., James Alphonse Frye, que había confesado ser autor de un asesinato y luego se había retractado. El test de Marston le eximió de culpa. Pero el juez prohibió a Marston que presentara sus resultados ante el tribunal. Su

argumento era el siguiente: el test de Marston se entrometía en las prerrogativas del jurado y era a éste a quien correspondía la tarea de evaluar las declaraciones del acusado. Examinada por el Tribunal Supremo, la decisión del juez fue confirmada en 1923. Desde aquella fecha, todos los jueces americanos están invitados a limitarse a conceder peso a los testimonios científicos de un solo tipo de expertos: aquellos cuyas opiniones son objeto de consenso dentro de la comunidad científica apropiada.

El detector de Keeler funciona de acuerdo con una lógica que recuerda la tortura judicial bajo el Antiguo Régimen

Por tanto, a la vez que se veía expulsado del tribunal, el detector de mentiras invadía rápidamente otros campos. En los años 1920, dos colaboradores de August Vollmer, jefe de policía de Berkeley, en California, adaptaron los métodos de Marston al interrogatorio de sospechosos. Ninguno de los dos era policía. El primero, John Larson, era doctor en psicología y más tarde obtendría un diploma de psiquiatría. El segundo era un joven empresario, Leonarde Keeler. En los años 1920, ambos colaboraron bajo la dirección de Vollmer y, después de establecerse en Chicago en el decenio siguiente, se volvieron rivales y pronto fueron enemigos.

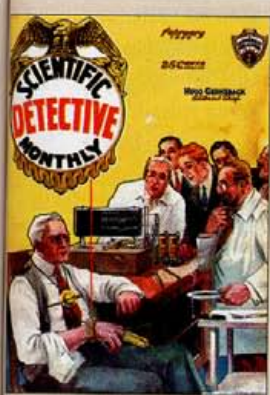
Inicialmente, los dos hombres tenían un interés común: la reforma de la policía. En el período de entreguerras, su mentor, August Vollmer, había encabezado el movimiento que preconizaba la profesionalización de la policía. Desde comienzos del siglo XX, la policía tenía una presencia paramilitar en las ciudades americanas y en aquellos tiempos de prohibición actuaba al borde de la legalidad. En vez de reducir el crimen y la inmoralidad, la prohibición de vender y consumir alcohol desdibujó la distinción entre policías y criminales. El comportamiento brutal de la policía de la época para con los sospechosos era moneda corriente. Cuando Larson llegó a Chicago a fines de los años 1920, escribió por ejemplo a Vollmer que el método local para «obtener pruebas recurrir a la manguera, la porra y las botas, de todo lo cual he podido ver ejemplos de primera mano».

Según Keeler, el detector de mentiras permitiría romper el vínculo entre brutalidad policial y corrupción municipal. Con ocasión de un caso complicado que agitaba la penitenciaría de Illinois, declaró orgullosamente: «[gracias al detector] todo esto está a punto de cambiar. Soy la primera bala salida del fusil que busca la destrucción de la corrupción política y el establecimiento de una gestión científica del orden.» Pero ¿cómo sorprenderse de que, al menos en un primer momento, la policía se resistiera a la irrupción del detector de mentiras? Obviamente, la policía veía con malos ojos a aque-

Desarrollado por John Larson en 1921, este prototipo de detector requería más de media hora de instalación y era de difícil manejo. Sólo la puesta a punto de una versión industrial, fiable y de fácil empleo, por Leonarde Keeler (foto adjunta) permitió una amplia difusión del instrumento.

© Telshare Publishing, 1984 y JAM Publications, 1996 Lafayette Instruments Company





Al propagar muy de prisa la imagen de objetividad reivindicada por sus promotores, la prensa contribuyó a reforzar el poder de intimidación de la máquina de descubrir mentirosos. © tdr

llos personajes, ajenos a ella, que venían a quitarle su función de guardiana del orden público. ¿Cómo podría seguir ejerciendo su autoridad en las calles si no podía seguirlo haciendo en el cuerpo de los individuos? Para poner la guinda al pastel, los policías serían los primeros estadounidenses sometidos al detector de mentiras de manera rutinaria.

Por su inscripción en el proyecto que, desde la Ilustración, busca sustituir las apreciaciones personales por medidas objetivas y la política por la ciencia, el detector de mentiras difícilmente podía concitar la aprobación espontánea de los políticos, poco proclives a abandonar sus prácticas de clientelismo, y de los policías, naturalmente propensos a mantener su poder indiscriminado en las calles. Así pues, Vollmer, Larson y Keeler buscaron apoyo en la opinión pública y en el deseo de que en lo tocante a justicia la búsqueda de la verdad se hiciera sin pasión y en nombre de reglas impersonales. Uno de los principales atractivos del detector de mentiras en Estados Unidos radicaba en la fábula según la cual la evaluación de la veracidad de un sujeto debía ser obra de una máquina y no de un ser humano. Ahora bien, hay que comprender que el detector de mentiras no necesariamente restringía el poder discrecional de los examinadores. Y fue precisamente en este punto concreto donde Larson y Keeler tomaron caminos divergentes.

Estrategia comercial. Keeler eligió una estrategia basada en la remuneración de la propiedad intelectual. Para él, el éxito consistía ante todo en generalizar el uso del detector de mentiras ... y en obtener importantes beneficios. No tardó, pues, en registrar una patente. A renglón seguido, en 1931, concedió una licencia de fabricación a la compañía Western-Electro-Mechanical. Pero insistió en conservar el derecho de veto de toda venta del instrumento. Su estrategia era delicada. Sabía que tenía necesidad de una máquina fiable que oficiara rápidamente de estándar industrial. Pero también comprendía que para sacarle el máximo partido era mejor, según sus propias palabras, «controlar el instrumento y alquilar sus servicios». Cuando la sociedad Walgreens, por ejemplo, quiso comprar varias máquinas para constituir su propio equipo de seguridad, Keeler se negó y propuso convertirse en su consultor. Como confió a una persona cercana, la venta de la máquina sólo le suponía \$ 125 y, sobre todo, hacía nacer otro competidor. Peor todavía, un operador insuficientemente formado o mal formado podría ser perjudicial para la «reputación del sector» y dañar su comercio personal. Cuando su patente expiró, al final de la guerra, Keeler cambió de estrategia, recenterando su empresa en la formación de un gran número de operadores, incluidos policías, durante cortas sesiones de dos semanas. Keeler, a lo largo de toda su vida, demostró una gran capacidad

para la promoción de sus actividades. Escribió artículos para el *Reader's Digest*, estuvo presente en casos célebres, y alimentó periódicamente la prensa con historias picantes sobre la capacidad de su máquina para detectar infidelidades conyugales.

Larson eligió un camino muy distinto: el de la ciencia académica. Publicó sus resultados en revistas de criminología y psicología porque, como escribió, aquélla era la «prioridad científicamente importante». Se enorgulleció de no haber tomado la senda «no ética», que habría consistido en patentar su instrumento inicial. Le inquietaban la política comercial de Keeler, la formación «superficial» de sus operadores y su pasión por la publicidad, la cual, según Larson, no era buena para la reputación de la nueva ciencia. Larson reconocía, sin embargo, que Keeler había sabido producir un aparato estándar sin el cual los investigadores nunca habrían logrado fundar la ciencia del detector de mentiras. Así lo escribió a Keeler en 1927: «Quería que te ocuparas de la parte técnica y obtuvieras todos sus beneficios potenciales. Así podía dedicarme yo a la experimentación clínica...».

«Los cinco especialistas en este campo son incapaces de ponerse de acuerdo acerca de la interpretación del registro»

La complejidad de la relación entre los dos promotores del detector de mentiras queda más clara si se tiene en cuenta el aspecto «software» del dispositivo. Keeler utilizaba la llamada técnica de lo «pertinente-no pertinente» para calibrar su detector en presencia de un determinado individuo. En esta primera etapa, se trataba de comparar una respuesta aparentemente sincera («Sí, he fumado un cigarrillo esta mañana») con una mentira posible («No, no cometí ningún asesinato el pasado martes»). Por supuesto, la fuerte reacción fisiológica de un individuo a una pregunta sobre un asesinato puede indicar simplemente que induce más estrés que el tema del cigarrillo matinal. Una solución parcial al problema consiste en calibrar la máquina obligando al sujeto a mentir. A Keeler le gustaba especialmente el «truco de las cartas». En el truco, Keeler le pedía al individuo que eligiera una carta de un juego y luego, para cada carta que se le presentara, negara que era la suya. Keeler identificaba luego la carta elegida examinando las gráficas producidas por el detector. Así establecía un «umbral de mentira», pero sobre todo convencía a su interlocutor de que era capaz de detectar sus engaños; aumentaba así su miedo y por tanto la probabilidad de pillarlo en falta. En realidad, Keeler sólo conseguía su «truco de las cartas» cometiendo él mismo una trampa: isu baraja estaba marcada!

Por tanto, tal como fue elaborada por Keeler, la

técnica de detección de mentiras recurría deliberadamente a un interrogatorio desleal para intimidar a los sospechosos. Primero, los acusados eran informados de que serían dejados en libertad antes del proceso si aceptaban someterse al test, por lo que, por supuesto, lo pasaban con éxito. Luego, una vez terminado el test, al sujeto se le informaba de las complejas huellas gráficas que supuestamente informaban de la traición de su cuerpo. Se le aconsejaba entonces vivamente que se confesara. Y, efectivamente, en tales circunstancias fueron muchos los que lo hicieron.

En 1939, Keeler realizó un sondeo en trece unidades de policía usuarias de su máquina. De los aproximadamente 9 000 sujetos examinados, el 97% habían aceptado «voluntariamente» someterse al test. Aproximadamente la tercera parte fueron calificados de mentirosos y el 60% de éstos fueron persuadidos para que confesaran su crimen. Curiosamente, por una razón todavía inexplicada, este porcentaje era muy inferior en el estado de Indiana (sólo el 6%). De los que pese a ser calificados de mentirosos no confesaron la mitad fueron encarcelados y la otra mitad fueron dejados en libertad. Por último, entre los dos tercios de «no mentirosos», sólo un ínfimo porcentaje (0,3%) fue finalmente considerado culpable.

Por tanto, pese a su prohibición oficial en los tribunales, el sistema judicial permitió a la policía utilizar el detector de mentiras para seleccionar a los sospechosos, negociar una reducción de la gravedad de los cargos u obtener confesiones. En este sentido, el detector de Keeler funcionó siguiendo una lógica que recuerda la tortura judicial bajo el Antiguo Régimen. Al fin y al cabo, no había mucha diferencia con el comportamiento del Inquisidor que durante el proceso de Galileo «mostraba los instrumentos» al acusado. Esta es la razón por la que la policía acabó acogiendo favorablemente la técnica. Keeler había logrado fabricar un instrumento fácil de utilizar, incluso para un policía poco entrenado, pero sobre todo había inventado un modo de funcionamiento que aumentaba el poder del operador.

Ello explica también por qué la máquina ha cambiado tan poco desde los años 1930: el «hardware», en definitiva, tiene bastante poca importancia. Bien es verdad que en el último decenio se han desarrollado algoritmos informáticos para tratar automáticamente las reacciones fisiológicas del sujeto. Pero como estos algoritmos impedían a los operadores acusar falsamente a los sujetos de mentir, los examinadores del Instituto del detector del departamento de Defensa simplemente dijeron que acostumbraban a cerrar el ordenador!

Keeler consiguió extender su mercado mucho más allá del ámbito policial. Por ejemplo, consiguió explotar la desconfianza que a menudo anida en la relación empleadores-empleados. Durante la gran depresión de los años 1930, Keeler vendió sus técnicas de

interrogatorio a los dirigentes de muchas grandes compañías. Invitado a someter a su máquina a los empleados de varios bancos, Keeler obtuvo resultados similares: entre un 20% y un 30% de ellos había robado pequeñas sumas de dinero en distintos momentos de sus carreras. Cuando los responsables se disponían a despedirlos, Keeler insistió para que fueran mantenidos en sus puestos y cada año se les sometiera al test. Así, decía, estos empleados serían los más fiables de todos. En general, la dirección se dejó convencer..., y Keeler se aseguró un encargo regular de series de tests.

Con el mismo argumento de venta, Keeler hizo adoptar su máquina por el gobierno americano. En 1945, por ejemplo, sometió a su detector a los prisioneros de guerra alemanes que, en aquel tiempo, seguían una formación para un empleo de policía en la Alemania ocupada. Keeler descubrió que el 36% de ellos mostraban simpatía por los nazis o, para ser más precisos, experimentaban estrés cuando se les preguntaba por sus opiniones políticas. Al pedir a aquellos prisioneros que denunciaran a los nazis (y a los comunistas) que se escondían entre ellos, ¿no se estaba dando a aquellos futuros policías una pésima imagen de los valores de la democracia americana? En absoluto, respondían los responsables del programa...

La reivindicación de su poder de revelación constituye la causa principal de rechazo del detector por parte de los tribunales

Propiedad de los conocimientos. Un años después, Keeler comenzó sus interrogatorios en la fábrica de armas atómicas de Oak Ridge. La lealtad del personal no era el único tema de investigación del programa. Se trataba también de enmarcar las condiciones de la gestión y la propiedad de los conocimientos técnicos. El detector de Keeler recordaba así a los trabajadores, ya fueran artesanos o ingenieros, que el conocimiento que contribuían a crear era propiedad de sus patronos industriales y gubernamentales.

Es sabido que la primera mitad del siglo XX contempló el ascenso de vastas burocracias dentro de las empresas capitalistas y del Estado guardián de la seguridad nacional. Como han demostrado los historiadores de la economía y los historiadores de las organizaciones, estas nuevas estructuras jerárquicas emergieron para gestionar los riesgos ligados a las relaciones de mercado. ¿Podían los dirigentes confiar más en sus asalariados que en sus proveedores y subcontratados? Aquí fue donde entró en escena el detector de mentiras. El millón de tests practicados anualmente a partir de los años 1950 indica la esperanza que despertaba en los dirigentes el detector: que su sombra intimidatoria fortaleciera la lealtad de aquella nueva mano de obra de cuello blanco.



También el cómic se apoderó del detector. Ni siquiera Superman logró escapar a la regla según la cual aunque el espíritu puede mentir el cuerpo es sincero. El uso policial del instrumento sería puesto en escena sobre todo por otro héroe, Dick Tracy, inventado por Chester Gould, uno de los alumnos de Leonarde Keeler. © dr

Pero el detector de mentiras encontró alguna resistencia en la sociedad americana. Una asociación de defensa de las libertades civiles, *The American Civil Liberties Union*, denunció el poder coercitivo del test. Algunos sindicatos pusieron en entredicho el derecho de los empleadores a utilizar el detector a voluntad. Pero decenios de quejas no hicieron cambiar mucho las cosas hasta que a fines de los años 1980 el proyecto del presidente Reagan de extender el uso del detector a la administración federal provocó que se votara una ley de protección de los empleados en 1988. Gracias a esta ley, el número de tests ha disminuido recientemente, pero el sistema todavía tiene importantes fallos.

En los años 1920, el propio Larson había esperado que el detector fuera sometido un día a una «evaluación objetiva, científicamente controlada y normalizada, de su validez». Pero en 1927 se vio obligado a realizar esta amarga constatación: «Los cinco especialistas

que más han trabajado en este campo son incapaces de ponerse de acuerdo sobre la interpretación de un registro». Larson siempre se sintió irritado por los métodos de Keeler, al que veía como al «colegial de calzón corto» que él formó y que mostró siempre un apetito inmoderado por el dinero. Por ejemplo, le pedía a Keeler que interrumpiera un test tan pronto como el sujeto «hiciera valer cualquier forma de objeción al test». Sin éxito, le exigió que hiciera pre-

guntas específicas, por ejemplo: «¿Ha cogido usted \$ 160 000?» y no «¿Ha robado usted alguna vez en este banco?». Y condenaba la «comercialización no ética» que Keeler explotaba desmesuradamente. Larson militó para que el detector no fuera un instrumento que permitiera persecuciones criminales ni un instrumento para arrancar confesiones. De hecho, la tasa anormalmente baja de confesiones en la policía del Estado de Indiana se explica por la intervención directa de Larson: era él quien había formado al examinador local!

Pero esto no significa que Larson no creyera en la utilidad del detector. Al fin y al cabo, ninguna enfermedad se diagnostica nunca de manera infalible, lo que no impide a los médicos tener una profunda comprensión de muchas patologías. A comienzos de los años 1930, en el Institute for Juvenile Research de Chicago, Larson empezó a desarrollar un enfoque clínico, no coercitivo, de su máquina, dentro de un equipo que comprendía a un experto en el detector, un psicólogo, un médico y un abogado. Larson siguió desarrollando su programa en distintas instituciones psiquiátricas y correccionales durante los años 1940 y 1950. Al fin y al cabo, según muchos psiquiatras, las mentiras no son menos reveladoras que las palabras veraces.

Selección de expertos. Por su juicio sobre el caso Frye en 1925, el Tribunal Supremo había dictaminado que una prueba científica «debe haber quedado lo bastante establecida para poder recibir una aprobación general en el ámbito que le corresponde». Pero esta cuestión elude la segunda pregunta: ¿cuáles son los expertos pertinentes en un determinado ámbito? En lo tocante al detector de mentiras, Keeler y sus émulos reivindicaron durante largo tiempo este papel. Pero por más que adujeran la fiabilidad de su método, el peritaje de los psicólogos académicos tenía siempre la preferencia de los tribunales. ¿Por qué fue la justicia tan escéptica ante el detector? ¿Acaso no concedía una benévola atención a varias ciencias médico-legales de condición dudosa, como la grafología (véase recuadro), la identificación balística, la psicología médico-legal, disciplinas todas ellas que fuera de un pequeño círculo de practicantes era objeto de profunda desconfianza? La verdadera razón del rechazo del detector por los tribunales no reside en los defectos del instrumento. Al contrario, la causa de su rechazo es la reivindicación de su poder. Si se decidiera darle crédito, el experto en el detector haría sombra a los demás testigos, influiría indebidamente en el jurado o, como algunos soñaron, acabaría por suplantarlos. Vayamos más lejos: los tribunales de Estados Unidos han rechazado el detector de mentiras no sólo porque, con Larson, le han denegado categoría científica, sino también por el éxito comercial de Keeler.

K.A. ■

¿Y la grafología?

En muchos países, incluida Francia, los expertos recurren a varias técnicas para «leer» el cuerpo humano a fin de extraer signos reveladores de la identidad de un sujeto, de su comportamiento o de su lealtad. El análisis de la escritura para identificar al autor de documentos controvertidos se remonta al Renacimiento en Francia. Pese a abusos notorios — recordemos el caso Dreyfus — su uso sigue vigente en los tribunales franceses. Y aunque su técnica hermana, la grafología, nunca ha valido como prueba de cara a la justicia, su empleo se ha difundido ampliamente desde finales del siglo XIX para la selección de personal.

Desde el punto de vista de la psicología universitaria, la grafología goza de la misma consideración que el detector de mentiras en Estados Unidos y, del mismo modo que los expertos estadounidenses han logrado difundir el uso de su instrumento, la profesión de grafólogo goza de muy buena salud en Francia. En ambos lados del Atlántico, parece que seguimos preguntándonos por la forma de evaluar la lealtad humana, incluida la de los expertos en lealtad!